

Alejandro se quedaria con todo el Oriente del mundo. Napoleon se contentaba con el Occidente.

Los dos soberanos se olvidaban que ecsistia cerca del continente una isla pequeña que ha tenido ménos ambicion, y se contenta solo con dominar el mar, es decir, las dos terceras partes del globo, y con influir, si no mandar, en la tercera parte soberante.

Cuando los ejércitos extranjeros invadieron la Rusia, Alejandro quiso mitigarles el rigor del invierno y quemó una ciudad entera para que les sirviera de chimenea.

Finalmente, cuando Alejandro como general, se puso á la cabeza del ejército, no paró hasta pasearse dos ocasiones en los boulevards de Paris y dormir en los palacios de los antiguos reyes francos.

Por la muerte de Alejandro, subió al trono de Rusia su hermano Nicolás, hijo tercero del infortunado Pablo.

Nicolás, siguiendo el plan que Catarina no pudo realizar, está ya en camino para Constantinopla.

Los Estados-Unidos, no satisfechos con haber adquirido Tejas, Nuevo-México y California, han dirigido sus miradas á la isla de Cuba.

Las dos naciones, una al norte de la Europa, y otra al norte de la América, siguen su espíritu invasor, hostil é injusto con sus vecinos.

Algo tendrá que hacer con el tiempo sobre todo esto la Inglaterra.

trida á consecuencia de un incendio. En efecto, el incendio del año de 1866 ha sido sin duda uno de los mas grandes que ha habido en el mundo, exceptuándose el que ocurrió á las ciudades cubanas de que habla la Escritura.

Hemos dicho tambien en otra parte, que en los primeros años de la fundacion de Londres, los incendios eran frecuentes de que la mayor parte de las casas eran de madera. El edificio tuvo que intervenir y publicó varios reglamentos relativos á la construccion de casas de alambres y de edificios públicos. A pesar de estas disposiciones.

XIX.
LA COLUMNA DE FUEGO.—EL "TREN DE PLAISIR."

El interes que en estos momentos tiene la cuestion que la Turquía ha emprendido con la Rusia, y la relacion de las escenas de la historia de ese país con las expediciones y campañas del almirante Nelson, nos hicieron difundirnos un poco suspendiendo nuestra visita á los edificios históricos de esa vieja é inmensa *City*; pero volveremos ántes de pasar al aristocrático *West-End* á ocuparnos, si no de todos, al ménos de los mas notables que ecsisten actualmente.

Hemos dicho en uno de los capítulos precedentes, que la antigua catedral de San Pablo fué des-

de esta manera los incendios serian ya casi imposibles.

truida à consecuencia de un incendio. En efecto, el incendio del año de 1666, ha sido sin duda uno de los mas grandes que ha habido en el mundo, esceptuándose el que envió Dios á las ciudades culpables de que habla la Escritura.

Hemos dicho tambien en otra parte, que en los primeros años de la fundacion de Lóndres, los incendios eran frecuentes por causa de que la mayor parte de las casas eran de madera. El gobierno tuvo que intervenir y publicó varios reglamentos, relativos á la construccion de casas, de almacenes y de edificios públicos. A pesar de estas disposiciones, en el año de 1666, y todavía aun en la época presente, muchos de los techos de las casas, cúpulas y torres de las iglesias, son todavía de madera, y las calles antiguas muy angostas y torcidas. (*) Así todas estas circunstancias ocasionan que cuando ha comenzado el fuego en una habitacion, se comunique rápidamente á otra casa, y á poco que sople el viento, pasa con la mayor violencia de una calle á otra, y de una manzana á otra.

Estas calamidades que aflijen á los habitantes de Europa, son muy raras entre nosotros, en razon à que las casas son todas de piedra y las calles an-

(*) Actualmente se están construyendo en Inglaterra y los Estados-Unidos, casas de fierro y ladrillo ó cante-
ría. De esta manera los incendios serán ya casi imposi-
bles en esta clase de construcciones.

chas en lo general, siendo tambien muy favorable el que no haya bancos de seguros de incendio, pues es casi cierto que en el momento que tuviéramos aquí establecimientos de esta clase, habria cuatro ó seis quemazones cada semana.

Volvamos, ó mejor dicho comencemos nuestra breve narracion del incendio de Lóndres. El dia 2 de Septiembre de 1666, á cosa de la una de la mañana comenzó á quemarse en el *callej del Pudín (Pudding Lane)* la casa de un panadero, y como era un barrio aislado de la ciudad y formado casi enteramente de casas de madera, en el curso de la noche tomó el fuego tal incremento, que cuando amaneció el dia siguiente, ya no fueron bastantes para contenerlo las bombas de que se pudo disponer; que en esa época es de pensarse no eran ni tantas ni tan bien construidas y manejadas como hoy. En esos momentos comenzó á soplar un viento del Oeste que á cabo de pocas horas se convirtió en un formidable huracan. No fué menester mas. El fuego se propagó, formando dos grandes alas, que corrian violentamente por uno y otro lado de Lóndres, rechazando y arrojando à los habitantes.

En vano se arrojaban los muebles por las ventanas, en vano se derribaban casas en todas direcciones, en vano se aplicaban fuertes columnas de agua y se arrojaban sacos de arena sobre las llamas, todo era inútil y los moradores tenían necesi-

dad de huir precipitadamente y de retroceder de calle en calle, despues de haber visto devorar sus propiedades y quizá tambien algunas personas de su familia.

El Lord Mayor de la ciudad, todos los corregidores y el rey mismo en persona con los nobles de su palacio, acudieron á todas partes, haciendo aunque inútilmente, todos los esfuerzos posibles para disminuir los horrores de una calamidad que amenazaba destruir toda la ciudad.

El fuego duró tres días y tres noches y destruyó cuatrocientas calles, trece mil doscientas casas, noventa iglesias, incluyéndose la catedral de San Pablo, y dejó cosa de doscientas mil personas sin tener donde alojarse ni que comer. Repentinamente cesaron el fuego y el viento por un milagro visible de la Providencia Divina, según lo aseguran de toda conformidad, las diversas crónicas y escritos de aquel tiempo.

Aunque ya hemos dicho las causas palpables de esa desgracia, que eran conocidas por todo hombre de buen sentido, los partidos que aprovechan en sus momentos de exaltacion cualquiera circunstancia, por pequeña que sea, se apoderaron de esta fatal ocurrencia y los católicos hicieron aparecer á los republicanos como autores del incendio, mientras los republicanos aseguraban que los católicos eran los que habian personalmente prendido el fuego en la casa de un panadero.

Hume con mucho juicio observa que no se podia concebir qué ventajas podian lograr ninguno de los dos partidos con incendiar la mitad de la ciudad. Por otra parte, el viento fué el que evidentemente propagó el fuego, y si á los hombres les es permitido dar impulso al ódio y á las pasiones, solo Dios tiene poder para impulsar á los vientos y dominar el huracan.

Si nos hemos detenido un poco en estas consideraciones, es solo para hacer palpable la pequeñez y miseria de las pasiones políticas y de los movimientos revolucionarios, cuando pasado el tiempo vienen la historia y la sana razon á establecer la verdad y á poner cada cosa y cada suceso en el lugar que le corresponde.

Mas sea de esto lo que fuere, en el tiempo á que nos referimos, los republicanos obtuvieron el triunfo que les proporcionó la mentira y la calumnia, lograron que se establecieran varios tribunales de averiguacion y que el rey promulgase severas ordenanzas contra los católicos.

Esto era en cuanto lo moral; pero respecto de lo material, las cosas pasaron mucho mejor, pues despertó el patriotismo de los ricos y del gobierno, se colectaron donativos, se esceptuó del pago de contribuciones á los habitantes de la *City* y se tomó el mayor empeño en reparar los daños que sufrió el público, nombrándose inspector general de todas

las nuevas obras à Sir Cristóbal Wren, con quien hemos hecho ya conocimiento (aunque en la tumba) en el capítulo precedente. Merced à la constancia, al trabajo y al buen gusto del arquitecto, toda esa parte disminuida de la ciudad volvió à renacer como el fénix de la fábula, de sus propias cenizas, mas hermosa, mas jóven, y mas galana que antes.

Se determinó tambien por el rey Carlos II que se erigiese un monumento en el lugar donde habia cesado repentinamente el fuego, y en efecto se construyó tambien por Sir Cristóbal Wren, una columna de órden dórico coronada con un vaso, de donde brota una llama y que tiene cosa de treinta piés mas alta que la columna de Antonino en Roma. (*)

En cada lado de la base de la columna està grabada una inscripcion que contiene poco mas ó menos los mismos pormenores relativos al incendio que ya hemos referido y la fecha en que se comenzó, que fué en el año de 1671 y la de su conclusion que fué en el de 1677. Su costo total fué de setenta mil pesos.

Mucho tiempo sirvió la columna no solo como un recuerdo histórico, sino como un ornamento à esa parte de la ciudad antes tan triste y tan angosta; pero en el curso del tiempo fué el lugar que esco-

(*) El monumento de Lóndres tiene 202 piés de altura y la columna de Antonino 172 piés ingleses.

gieron las mugeres desgraciadas y los hombres atacados de *spleen*. Frecuentemente subia un hombre en la apariencia tranquilo, ó alguna jóven fresca, hermosa y tal vez con la sonrisa en los labios y à poco rato se veía volar desde lo mas alto de la columna una figura humana, que dando vueltas y revueltas en los aires, venia à estrellarse en el pavimento de la calle ó hacerse pedazos contra las fachadas y azoteas de los edificios cercanos. A otros les ocurrió la idea de construir unas grande alas y volar en competencia con las águilas; pero tales esperimentos fueron tambien, como se puede colegir, desgraciados; y à duras penas, y merced al aparato, que algo modificó la fuerza de su caída, escapó con vida uno de esos nuevos pájaros que se lanzaban desde tan grande altura.

A este monumento es lo que vulgarmente llaman en Lóndres la columna de fuego.

Para formarse completa idea de una ciudad y de sus cercanías; es necesario subir à una altura, pero como Lóndres està continuamente lleno de nieblas, todas las veces que habia yo subido à la cúpula de San Pablo ó à la columna de fuego, no habia logrado ver mas que masas densas de nubes rodando casi sobre los techos de las casas y cubriendo las tres cuartas partes del horizonte visible. Empeñado en ver el Tàmesis cubierto de barcos y esos millares de edificios donde se alojan mas de dos

millones de seres humanos, repetí mis visitas al monumento y en una de ellas encontré en la mitad de los trescientos cincuenta escalones de que se compone el caracol, mas de cuarenta franceses, unos formando una horrible algazara, y otros fatigados abriendo la boca, sacando la lengua y sin poder casi ni respirar. Como los franceses son sociables y comunicativos, y el paso era estrecho, me fué forzoso detenerme y continuar ya unido con ellos la ascension, trabando consecuentemente ese género de amistad curiosa y pasajera que contraen los que se encuentran viajando en un país extranjero.

Todos estos franceses pertenecian á un *tren de plaisir*.

Esplicarémos lo que en la época de la Exposicion era un *tren de plaisir*.

Londres tiene la bien sentada reputacion de ser el país mas caro de la tierra. Esto es muy esacto; pero lo era mucho mas en tiempo de la Exposicion, en que por causa de la concurrencia, no solo de strangers, sino de la gente de las provincias, habian duplicado los precios de la mayor parte de las cosas necesarias para la vida. Así, por grande que fuera el deseo de muchos franceses de ecsaminar las maravillas de la industria, y por certo y cómodo que fuese el camino, pues no hay mas que doce ó catorce horas de Paris á Londres, no se atrevian á moverse de sus casas por temor de no

entregar sus cortas fortunas á los posaderos, fondistas y cocheros ingleses.

Para evitar este grave inconveniente, se formaron diversas compañías en Paris bajo las bases siguientes:

Primera. Trasportar de su cuenta de Paris á Londres á los viajeros, en vapores y ferro-cariles cómodos y elegantes.

Segunda. Mantener durante ocho dias á los viajeros en la metrópoli de Inglaterra, dándoles alojamiento, almuerzo, comida y té en la noche.

Tercera. Enseñar á los mismos viajeros no solo la Exposicion, sino todas las curiosidades y todos los establecimientos dignos de llamar la atencion de los hombres ilustrados.

Cuarta. Trasportar tambien sin gasto alguno á todos los suscritores de Londres á Paris, despues de haberse terminado los ocho dias de paseo.

Todo esto lo hacian las compañías por el precio de quinientos francos por persona (cien pesos.)

Establecieron tanto en Paris como en Londres sus agencias respectivas y comenzaron los franceses á suscribirse y á venir en bandadas á la Exposicion, seguros de que con solo el gasto de cien pesos iban á gozar ocho dias de placeres y de delicias que recordarian toda su vida.

Tal era un *tren de plaisir*, y á este *tren de plaisir* pertenecian los franceses que con tanto ruido y algazara invadieron la columna de fuego.